

La tecla del idiota

Sobre la inteligencia del movimiento



Conferencia inaugural en el Congreso internacional de filosofía de la danza,
universidad complutense de Madrid,
28 de junio de 2017

por Jonathan Martineau

1. De buena mañana en el estudio de danza de Nietzsche

Buenos días.

Me alegra que estemos ya aquí, de buena mañana, y en tan buena compañía. Gracias a las organizadoras por convocarnos y crear todo este evento. Visto el éxito de la convocatoria, parece que hay ganas, y más, parece que es necesario hoy rendir justicia, sino a la inteligencia del movimiento, por lo menos a la amistad entre filosofía y danza.

Considero sin embargo que es un poco temprano para tratar cuestiones serias y el programa, visto desde aquí, aparenta ser una maratón intelectual. Tal vez es por esto que las organizadoras, al ver el título de la propuesta – *La tecla del idiota* –, pensaron que era perfecta para romper el hielo y así empezar con un ritmo sostenible. *La tecla del idiota* suena bien para distender los espíritus y abrir boca. Parece que vamos a acercarnos al tema de manera un poco vaga, como hacer filosofía sin quitarse el pijama, como bailar con un pie en la cama. Danza de madrugada, evocando un poco los movimientos tan gustosos a los cuales nos entregamos en las sábanas al despertarnos, movimientos extraños, torsiones, muecas y sonidos totalmente ajenos a muestras de inteligencia o cualquier ideal estético y sin embargo necesarios, en total concordancia con la necesidad no de nuestra persona sino de nuestra vida. Desperzarse al despertarse: la vida consciente arranca con la tecla del idiota.

Nietzsche sostenía que no se debía leer por la mañana. Para Nietzsche, uno de los únicos filósofos cuyos escritos están susceptibles de servir de eslogan a una compañía de danza, hay que aprovechar la energía matutina, la más valiosa y la más creativa, para el desarrollo del pensamiento propio. Al leer, solamente entrenamos la mente reactiva, pensamos en reacción a lo que leemos. En lugar de leer, Nietzsche aconsejaba la escritura o mejor la caminata, exponiendo el espíritu al viento, al cielo, al horizonte, para que la mente tenga la oportunidad de indagar en sus propios motivos, en su propia necesidad. Por la tarde, a modo de descanso, el filósofo puede vagabundear en los pensamientos que otros han escrito, contrastar argumentos, afinar la exposición de ideas, encontrar la semilla de una inspiración, disfrutar de una demostración, etc.

Si Nietzsche dirigiese un estudio de danza, tal vez por la mañana dejaría un espacio de tiempo para que el cuerpo desarrolle sus propios movimientos, indagando en su propia

necesidad, lejos de todo código, repulsivo a cualquier convención, protegido de cualquier música, inmune a cualquier ideal estético. En el estudio de Nietzsche colgarían en las paredes los hitos de la crítica al movimiento reactivo, es decir a cualquier movimiento desarrollado en contacto con la cultura del movimiento.

2. La tecla del idiota

La *tecla del idiota*, o *the idiot button* en su idioma originario, es una propuesta incluida en el *Underscore* que Nancy Stark Smith ha diseñado para estructurar encuentros de Contact-Improvisación. En esta estructura, Nancy Stark Smith detalla los múltiples focos que permiten calentar el cuerpo física y energéticamente, enriquecer las relaciones y mantener la mente concentrada en un espacio común. Hay numerosas pautas que se agrupan en varias etapas en función de su grado de complejidad, siguiendo una progresión desde lo más sencillo hacia lo más abierto y de lo más individual hacia lo grupal. En margen de toda esta organización de los estados psicofísicos y del abanico de relaciones posibles entre los cuerpos, Nancy Stark Smith añadió la *tecla del idiota*, descolgada del resto de la estructura, como un salvavidas para quien se pueda sentir, en algún momento, descolgado del espacio común. Por lo general, las personas que organizan y transmiten la estructura del *Underscore* señalan la tecla del idiota con una sonrisa nerviosa, a veces equiparando idiotez y estupidez, como si fuesen sinónimos, eso cuando no obvian directamente *the idiot button*.

Apretar la tecla del idiota desencadena cualquier movimiento, cualquier cosa, sin sentido, sin justificación. La persona que aprieta el botón hace el idiota y este comportamiento bien podría sacarla de su letargo. Al darle a la tecla del idiota, el participante en un encuentro de Contact-Improvisación hará algo ilógico, imprevisible, sorpresivo, la primera cosa que le pasa por la cabeza, dejará por unos instantes las riendas sueltas, extrañando a los asistentes y extrañándose a sí mismo en primer lugar. En esta extrañeza reside el gran potencial de la tecla del idiota. La *Genealogía de la moral* de Nietzsche arranca con la aserción de que cada uno es para sí mismo lo más lejano. Pensar nace de la extrañeza. Danzar debería brotar de la diferencia. Danzar es en primer lugar reconocerse poseído.

Me pregunto si la tecla del idiota no es lo mejor que el *Underscore* puede ofrecernos. Y ¿si hacer el idiota, en lugar de ser un último recurso, un salvavidas o una invitación denostada, debería ser la cabecera del movimiento? Si nos interesa el pensamiento en movimiento, o el pensamiento en tanto movimiento y viceversa, el movimiento en tanto pensamiento – que es lo que a mí me interesa – y no tanto la filosofía DE la danza, un pensamiento sobre la práctica, por encima de ella, una ilustración institucional de prácticas ingenuas... Si seguimos la intuición poética de Nietzsche para comprender el pensamiento como una danza entonces tenemos que desarrollar una filosofía de la idiotez. Aquí esta la tesis que quiero exponer hoy: si nos interesa la inteligencia del movimiento, nos comportaremos como idiotas. Quien piensa, decía Deleuze, piensa de manera diferente. Quien se mueve pensando, se mueve de manera diferente. Y esta

diferencia, en la filosofía de Deleuze, no es una diferencia de grados sino una diferencia de mundos como la que separa a la gente de bien de los idiotas.

3. Una filosofía de la idiotez

El idiolecto remite a la expresión particular que cada persona hace de su idioma. Nuestra idiosincrasia recoge nuestros rasgos irrepetibles y nos distingue de los demás. *Idio-* es la singularidad. La inteligencia del idiota no puede traducirse al lenguaje común, la lógica que guía sus palabras y actos es ajena al reino de las convenciones. El idiota no es uno de los nuestros.

Al estúpido le falta inteligencia común mientras que el idiota se desenvuelve en una inteligencia propia, de la cual carece el estúpido. El estúpido evoluciona en las capas bajas de nuestra comprensión convencional. Es uno de los nuestros, vive en la parte baja de la escala del espíritu de la época. El idiota se rige en otra escala, vive en su mundo.

Según Gilles Deleuze, inscribiéndose en una larga tradición de pensadores feroces, la filosofía sirve para detestar la estupidez. De manera demasiado apresurada, muchos concluyen de su vocación de odio a la estupidez que la filosofía debe fomentar la inteligencia común y la educación hacia la elevación cuando en realidad su potencial más grande reside en su capacidad para detonar la idiotez y la multiplicación de lógicas. Podría incluso decirse que lo que tenemos en común es nuestro potencial de idiota y que apostar solamente por la inteligencia común es señal de estupidez, llegando así a la conclusión, mitad paradójica, mitad provocativa, que quien no es idiota es estúpido. Quien no piensa desde su singularidad y una inteligencia propia sino desde convenciones comunes ha entregado su capacidad de pensamiento a la estupidez.

Si, siguiendo al cuerpo latín de Jean-Luc Nancy, el *corpus* remite a una singularidad siempre enfrascada en una multiplicidad, entonces la inteligencia de este cuerpo echa raíces en una oscuridad intraducible a una lógica lingüística, es la inteligencia de un idiota. La función esencial de la lengua, y en ello combino los desarrollos de Pascal Quignard con el planteamiento de Derrida, es incluso enterrar este origen animal, singular, indomable, salvaje, para suplantarlo con la ficción de un origen común a todos los seres humanos, ficción que de paso siempre otorga una suerte de plus valía al hecho de ser humano. El lenguaje en su uso convencional funda una arrogancia que nos arranca al origen compartido con todos los seres. El ser singular plural que propone Nancy es esta multiplicidad que no acontece en ningún espacio – es el espaciamento mismo – y por consecuencia se compone de singularidades inconmensurables. En esta ontología, que Nancy quiere para todos los cuerpos, no es concebible ningún suelo común que permitiera comparar, evaluar o enjuiciar a las manifestaciones singulares del espacio. Hay un movimiento naciente que se sostiene en su nacimiento mismo, una efusión, un don, un verter creativo. Cuando el nacimiento se detiene, el espacio se resorbe – lo que en otro siglo se llamaba nihilismo. Ningún código rige los movimientos de los bebés al nacer y todos los códigos que rigen el comportamiento de las parturientas son opresivos. Nacer es asunto de idiotas.

¿Cómo traducir el odio a la estupidez de Deleuze al campo de la inteligencia corporal?

Creo que cualquiera que se acerque a la obra de Deleuze comprenderá que no se invita a odiar a aquellas personas de comprensión más lenta, a las que les resulta arduo visualizar una operación lógica anodina e inofensiva. La *stupidité* o la *bêtise* es más bien la inteligencia nefasta. No es tan estúpida la persona que no entiende algo como la persona que pone su inteligencia al servicio de algo perverso y nefasto que perjudique la creación rizomática, el extrañamiento, la diferencia. El filósofo coreano Byung-Chul Han da este ejemplo para comprender la estupidez en el marco del pensamiento de la diferencia. Dice que el más potente de los ordenadores es estúpido a pesar de la gran cantidad de datos que puede computar en tiempos récord porque le falta otredad, le falta la capacidad de vacilar, de perder el tiempo, le falta la capacidad de ser afectado por cosas que no están en sus parámetros. Inteligencia es leer entre, es desarrollar una comprensión sobre la marcha. No es realizar operaciones lógicas sino improvisar ahí donde la lógica no se aplica o donde se carece de guía clara.

Entre personas que comparten el mismo suelo conceptual, la inteligencia circula como los datos en un ordenador. Si no eres capaz de explicarle Nietzsche a alguien que nunca oyó este nombre antes, aunque seas un experto reconocido, tienes una comprensión estúpida del asunto, pues no sabes cómo relacionar tu saber con la otredad.

Traducción al movimiento? Me viene a la mente un ejemplo que leí en un artículo en *Approche philosophique du geste dansé*. Pon a un gran solista de danza clásica en una discoteca a bailar reggaeton y verás que se mueve como un estúpido.

Entonces, resumiendo, la inteligencia tiene que ver con el despliegue de la singularidad en relación a lo que la extraña, la pierde, la pone en duda o patas arriba. La inteligencia del movimiento no es distinta.

4. La inteligencia del movimiento

Creo que podemos entender la idiota “inteligencia del movimiento” de mínimo tres modos distintos.

a. La inteligencia de los reflejos

La inteligencia del movimiento es en primer lugar un tributo a la gran complejidad del movimiento. Hay en el movimiento una inteligencia que supera en importancia y con creces la inteligencia de nuestro lenguaje consciente. Opongamos por un momento la inteligencia cotidiana y consciente con la inteligencia del cuerpo en movimiento, inteligencia que evoluciona en capas subconscientes de la mente. Esta inteligencia aparece en todo su esplendor o toda su miseria especialmente cuando nos tropezamos, o caemos, en cualquier momento en que los reflejos entran en juego. Esta inteligencia se activa en lo imprevisto, cuando tenemos que improvisar sin saber exactamente cómo. Se

puede con la práctica fomentar la inteligencia del movimiento, que tu cuerpo se vuelva más inteligente, más listo, con un abanico más amplio de reacciones a los estímulos del espacio. La inteligencia del movimiento en este sentido se entrena sobretodo en prácticas de improvisación, pues, cómo escribieron Deleuze y Guattari en *Mil mesetas*, *improvisar es fundirse con el mundo*.

b. La razón como movimiento

Pero, por otro lado, también se podría decir que la inteligencia es siempre del movimiento – esto es la segunda aceptación de la expresión.

Extrapolando argumentos de neurociencia, argumentos a los cuales me acerco como neófito, se sabe o se cree saber que cuando el cerebro va ganando en volumen y complejidad, lo hace duplicando áreas, duplicando la estructura sin exportar el contenido. En *Making Space*, Jennifer Groh emite la hipótesis de que el pensamiento racional que resuena en el córtex debe entenderse desde la estructura más profunda del cerebro, estructura cuya función es orientarnos en el espacio.

Según lo que cuenta Jennifer Groh, el cerebro se expandió manteniendo la estructura básica creada para orientarnos en el espacio. Puedes copiar el patrón de un pantalón y cambiar las telas, colores, añadir bolsillos, modificarlos en mil maneras pero no sacarás una camiseta de un patrón de pantalón. Las funciones cerebrales adquiridas en estadios tardíos de la evolución se desarrollaron en estructuras de orientación espacial.

Representación espacial – aquí está el patrón que fundamenta la mente.

Pensar en sentido racional, y también en sentido moral, es siempre configurar el espacio de manera a organizar el movimiento. Amigos, enemigos, bueno, malo, todos los dualismos sirven de orientación espacial y de guía para el movimiento. Pensar es siempre diferenciar la experiencia de manera a conseguir una representación espacial (incluyendo el cuerpo como partícipe del espacio) que organice nuestro movimiento.

c. Un servicio de inteligencia

La relación entre las dos primeras comprensiones de la inteligencia del movimiento, la que se despliega a nuestro pesar, espontáneamente, de manera improvisada, y la inteligencia como orientación espacial, como sentido en el mundo, hace necesaria una reflexión acerca de una tercera comprensión del concepto de inteligencia del movimiento. El movimiento sabe cosas de ti que tú ignoras. Hay miedos, bloqueos, memorias, patrones instalados, hay caminares que plagiaste de tu padre, que él cogió del suyo, hay una manera concreta de masticar, de mirar, de hablar que se dan en tu cultura y no en otras. Hay en capas subconscientes de nuestro cuerpo todo una serie de saberes anidados, que circulan por los tejidos, la sangre, en los campos de resonancia que conforman lo que llamamos – no muy bien por cierto – cuerpo, especialmente mal llamado cuando viene precedido de un pronombre posesivo.

El trauma es la experiencia no asimilada por la experiencia, un trozo que permaneció crudo. Un trozo de mundo no integrado en el yo consciente que al mismo tiempo le sirve de suelo, de ancla, de punto ciego en el corazón de su visión. La relación con los traumas y patrones heredados o adoptados inconscientemente, con las bestias salvajes

encerradas en los dédalos de las construcciones humanas, es precisamente el terreno donde resulta pertinente hablar de una tercera comprensión de la inteligencia del movimiento. Hay que aventurarse en los espacios sustraídos y replegados, ahondándonos en la diferencia que se despliega, arriesgando la identidad que nos permite funcionar sin sufrir demasiado en la sociedad de hoy. Hay que comprender o morir en el intento de comprender qué nos mueve, qué somos. Necesitamos una inteligencia del movimiento, retornando la identidad y la consciencia lingüística hacia el origen inasible. Un servicio de inteligencia, con técnicas de espías, con agentes infiltrados no para dominar ni controlar sino para cosechar información, para hacer amigo con la otredad en nosotros mismos, otredad que, como decía Lyotard en *Moralidades posmodernas*, será siempre ajena a los sistemas de derecho pero es la que da la legitimidad a los derechos que enorgullecen nuestros tiempos. La inteligencia del movimiento, en este sentido, es la comprensión del mundo gracias al movimiento. Le doy a la tecla del idiota y observo qué sucede cuando salto en la extrañeza e indago en el movimiento para comprender mejor la existencia, para dejar más libertad a la alteridad constituyente. Aminoro el yo estático para liberar un mundo en movimiento. Utilizo la inteligencia del movimiento para desmontar el sujeto político.

5. Un cuerpo naciente

Es en este horizonte donde las tres comprensiones de la inteligencia se funden en un mismo movimiento. Ni consciencia ni inconsciencia. Un subconsciente, un nacimiento constante donde el yo está marginado, sabiéndose una ilusión óptica, un efecto de superficie. En este horizonte, como lo quería Platón, la reflexión involucra el cuerpo entero, como lo hacen los reflejos. Encaminarse hacia este horizonte exige una decisión respecto al culto a otro tipo de reflejos, los que se muestran en la pantalla, en el dni, en el manual de anatomía. El cuerpo entero, el cuerpo que se mueve, el cuerpo que danza, tiene tan poco que ver con los huesos y los músculos y los órganos que con las fotos de perfiles o las imágenes de Poe o los libros de autoayuda o las canciones western. Y aquí creo que hay una pelea urgente de lidiar, ya que la filosofía de la danza está emergiendo institucionalmente.

La filosofía de la danza, como la danza contemporánea en sí, es hija de una filosofía que quiso enfrascar el pensamiento en el cuerpo. El cuerpo piensa. Pero este cuerpo, la gran razón para Nietzsche, no es el cuerpo anatómico. El cuerpo es la carne del mundo para Merleau-Ponty. Didi-Hubermann lo define como la oscuridad no explicitada. Para Nancy, el cuerpo es el subconsciente, que a su vez es el mundo mismo. El cuerpo es siempre un misterio y siempre en movimiento. Para Hijikata Tatsumi, el cuerpo de otro es un océano insondable, un misterio incognoscible. Para un Búda, para un iluminado que ve transparentemente lo que hay, la verdad última es la ausencia de cuerpo. No puede haber consciencia corporal.

Este punto hay que comprenderlo muy bien si queremos desarrollar una inteligencia del movimiento, que al fin y al cabo es una comprensión lúcida del mundo. No puede haber

consciencia corporal como se entiende comúnmente. No puedes sentir tu mano sino sensaciones físicas en el espacio que llamas mano, y como con la mano con cualquier parte del cuerpo. Puedes tener consciencia de fenómenos en transformación, de campos en resonancia, de frío, calor, tensión. Pero el cuerpo en su comprensión científica y medicinal es una verdad libresca. Pertenece a los libros. Es un compendio de imágenes hegemónicas que pretenden al puesto de verdad última. No vamos a fomentar una inteligencia del movimiento si partimos obligatoriamente de la base de verdades comunes. En su base, la anatomía se ha desarrollado desde el estudio de cadáveres. Ya no hay traumas en un cadáver, no hay secretos, no hay subconsciente, no hay nacimiento. Adentrarse en la oscuridad del cuerpo para arrojar la luz de la anatomía es un atentado contra la singularidad del movimiento. Cada uno es para sí mismo lo más lejano, es la condición del cuerpo naciente, y esta lejanía rehuirá para siempre de las convenciones.

Hay una alternativa excluyente entre, de un lado, darle a la tecla del idiota para liberar un cuerpo en nacimiento y, del otro lado, movernos como estúpidos dibujos anatómicos de cadáveres individuales.

6. La tecla del estúpido

Me gustaría, para terminar, recalcar un detalle. Hablo de la tecla del idiota y hasta ahora nos hemos centrado en la idiotez y su relación con la inteligencia del movimiento. Una última reflexión acerca de la idea de tecla. La mundialización nos ha puesto a todos *En el mismo barco*, como dice Peter Sloterdijk en un pequeño ensayo. No hay emancipación individual ni deserción posible. En el budismo han desaparecido casi por completo las tradiciones *hinayana*, dichas del pequeño barco que se toma hacia la iluminación individual. Hoy en día solo quedan grandes barcos, grandes complejos de singularidades, siempre en plural, intrincadas las unas en las otras. Hay minotauros de culturas, traumas de civilización, hay secretos y memorias en nuestros cuerpos que no dependen del recorrido individual. Hace algunas décadas, o mejor algunos siglos, había que saltar en la idiotez, apartarse de la lógica sacrificial y la hipocresía congénita que conforman a todos los grupos humanos. Pero hoy en día hacerse el idiota no basta. Hay que tener una tecla, un encendido y apagado. Hay que ser un agente infiltrado en el mundo de las convenciones, en el mundo de las filosofías, para informar al idiota. No poner el idiota y la extrañeza al servicio de tu próxima creación artística, como lo sugiere tristemente la moda actual. Sino poner la consciencia al servicio del idiota, para que en el mundo no triunfe totalmente la estupidez. Según Deleuze, la mera existencia de la filosofía salvaguarda una parte del mundo del imperio de la estupidez. Si queremos una danza que piensa, se moverá con la tecla del idiota encendida, impulsada desde la extrañeza y no desde un yo estúpido que maneja un manual de anatomía aplicado a un cuerpo empobrecido hasta ser un individuo.

Y ahora, llegados hasta aquí, pienso que tal vez, si queremos pensar danzando y vivir como pensamos, no es una tecla del idiota que necesitamos sino una tecla del estúpido.

Y así poder vivir como despertamos y soñamos, como idiotas, con lógicas incomprensibles, convirtiéndonos en seres indescifrables, en sabios locos, enriqueciendo el mundo obligándole a una improvisación continua, y de vez en cuando, darle a la tecla del estúpido, para las burocracias, para los trabajos alienantes, para las familias y las instituciones varias. El cuerpo más reprimido, asegura Rhizome Lee, es este cuerpo simétrico, sonriente, dispuesto al sacrificio para hacer funcionar las convenciones que nos arrancan al nacimiento del mundo para encerrarnos en un mundo estático.

Muchas gracias.